

EL ARTE Y LA LIBERTAD **(EL DISCURSO DEL PREMIO NOBEL)**

El arte, para este escritor francés, no es una fiesta solitaria, no es un goce solitario, tampoco un instrumento de evasión. El arte es un medio de conmoción, de penetración. El arte obliga, al artista, a no aislarse, a moverse entre la belleza a la cual no debe eludir y entre la comunidad en que vive y que tampoco puede ni debe eludir.

Sin lugar a dudas, el arte no es nada sencillo, sino por el contrario, es complejo. Y podemos afirmar que su unión es indivisible con la realidad; o sea, que el arte sin la realidad, se convierte en nada; y la realidad sin el arte, no es gran cosa.

Y el artista siempre comprende, no condena; no se convierte en juez, sino al contrario, manifiesta solidaridad y amor hacia el prójimo. Por lo tanto, sus vivencias no le permiten abstraerse completamente; en consecuencia, va a reflejar acciones ligadas a su ser personal y moral.

No debe olvidarse que todo artista que trabaja, ejercita una elección sobre la realidad, y se convierte en algo difícil y complejo, como hemos señalado.

El arte necesita la mayor libertad de pensamiento imaginable para lograr la grandeza y por ello no puede estar sometido al control de la autoridad. Porque pensar es aprender de nuevo a ver, a tener conciencia propia; es desear crear un mundo distinto, en un terreno de armonía conforme con la nostalgia humana.

Y una vez que el artista ha elegido, conservará siempre la realidad, porque de ella surgen todos los elementos que desencadenan sus emociones. Surgen así la ternura, la creación, la nobleza humana; entonces, la realidad se convierte en la madre, en la fuente de las emociones.

Entonces, el artista ha de ser el único que no pueda evadirse de la realidad; por el contrario, deberá hablar, transmitir aquello que precisamente otros no pueden hacer, deberá también denunciar el sufrimiento de los demás.

Por eso dice Camus:

“La belleza, aún hoy, sobre todo hoy, no puede servir a ningún partido; sólo sirve, en primera o en última instancia, al dolor o a la libertad de los hombres”.

Lo que ocurre es que la belleza nunca produjo violencia entre los hombres. Por el contrario, les brindó un manto de alivio y a veces de liberación. Esto hace que el artista esté lanzado a una verdadera aventura, en la que indudablemente los riesgos que corre son regularmente grandes. Para Camus, será en esos riesgos donde radica la auténtica libertad del arte. Es por todo esto, y a través de la historia, que se han presentado muchos casos donde el arte fue considerado como el enemigo al que había que combatir.

Los grandes tiranos combatieron siempre esa hermosa fuerza de emancipación que lleva en sí cada obra de arte.

Muchas veces afirmó Camus que es más grande de lo que se supone, la cantidad de hombres que trabajan y

crean en silencio y están dispuestos a mostrar su verdad en la lucha contra la destrucción. Todas las cárceles del mundo no pueden hacer callar el ansia de libertad y de dignidad que conlleva todo artista que, de verdad, quiera testimoniar sobre su época.

Precisamente, el artista es el único ser que no tiene derecho a vivir en soledad, porque si no fuera así, se perdería la “comunicación universal”, que en definitiva es el ideal por excelencia en la tarea que debe desarrollar. Por ello, el gran artista, no sólo piensa en la vida, sino en esa relación sutil entre la experiencia y la conciencia que se tiene de ella.

No se puede ignorar el hecho de que algunos artistas han puesto su arte al servicio de una particular y determinada concepción del mundo; pero al arte no le corresponde estar dentro de limitaciones de tipo nacional. El arte deberá estar por encima de cualquier nación; así permitirá preparar una cultura de nivel social, mucho más elevada.

No hay un arte patriótico. El última instancia, *el arte es algo así como el patrimonio de todos los seres humanos*. Así, la obra de arte no ha de responder a un sentimiento nacional innato, sino a su auténtica individualidad que le permitirá mostrar y manifestar su cabal estilo, siempre dentro de una acción libre, investigando, reconociendo el pasado y dispuesto a “mostrar” todo el pensamiento humano.

En un párrafo dice Camus:

“Nos parecemos en aquello que vemos juntos, en aquello que sufrimos juntos. Los sueños cambian con los hombres, pero la realidad del mundo es nuestra patria común. La ambición del realismo es, pues, legítima, porque está profundamente ligada a la aventura artística”.

Es así como todo artista deseará que se lo reconozca. También todo hombre. De ahí entonces, la importancia de la manifestación en la realidad. El artista toma contacto con lo real, lo verdadero. Entonces, en primer lugar está la naturaleza. Y la creación humana se realiza a partir del mundo, pero si éste sólo muestra lo vulgar, lo inadecuado, entonces dicha creación se vuelve precisamente contra el mundo, se le rebela.

Y si Camus permaneció fiel a una concepción clásica del arte, lo hizo considerando que éste tiene como misión transfigurar la realidad, aunque deba respetar lo estrictamente objetivo y no dejar de lado las imágenes propias. Esto nos conducirá a la mejor relación que el hombre pueda obtener con el mundo que le ha tocado vivir. Porque actuar amando y sufriendo es, en definitiva vivir.

Por lo demás, el artista no puede ni debe callar, así como tampoco ceder a las tiranías. El artista es un auténtico rebelde que no acepta la creación tal cual es y si bien re-

chaza abiertamente muchos aspectos de la experiencia humana, por otro lado, acepta y afirma muchos de ellos.

El artista es un rebelde que se impone sus propias fronteras, pero al mismo tiempo es un humanista que se mueve dentro del campo de la razón y puede explicar el auténtico sentido humano de la justicia.

El artista cuando asume una actitud coherente, ha de rechazar sin concesiones la sociedad política que se le ofrece, así surgirá el auténtico compromiso:

“no es la lucha la que nos hace artistas, sino el arte el que nos obliga a ser luchadores”.

En ese compromiso asumido, el artista también rechaza los ídolos abstractos” y está siempre junto a la vida y no a la muerte, reconociendo *“la constante justificación de los hombres: el dolor”.*

Sabemos positivamente que el artista se halla un poco aislado (aún hoy sucede) procurando afirmar permanentemente su yo, proyectándose a la unidad, la comprensión y las reformas, trabajando en forma conjunta y creadora, tratando de proyectar su acción transformadora.

Y en el modo de vida elegido, el artista ha de exigir libertad para sí mismo, sin destruir, lógicamente, la libertad del prójimo. Se produce entonces un reclamo de libertad para todos los seres humanos, y obtendrá una situación “libre”, si es “justa”, y “justa” si es realmente “libre”.

El fin supremo del arte es anular todo aquello que pueda destruir lo humano dentro de una gran luminosidad, que se convierte en la luz de la belleza, “porque es la luz de la verdad”. Y debe existir la libertad del arte, la cual, no vale gran cosa si apunta solamente a asegurar el “confort” del artista.

Según Camus, el tiempo de la alegría y de la libertad no provendrá de un pueblo o de un hombre, sino precisamente de millones de solitarios, cuya acción y obra suelen negar algunas fronteras y sucesos de la historia.

El arte permite despertar las conciencias adormecidas, la unidad inmanente y permitir así que no se calle lo que se conoce, ni se ceda ante las presiones, constituyendo esto la condición y los modos de la vida moral y su desempeño en los acontecimientos históricos.

El discurso del 10 de diciembre de 1957 en la Municipalidad de Estocolmo, fue pronunciado por Albert Camus al final del banquete que clausuró las ceremonias de la asignación de los premios Nobel. Este discurso define una toma de posición y si bien no pretende ser un mensaje, muestra una universalidad de orden expresiva que es precisamente la de una confesión.

Manifiesta que todo artista desea que se le reconozca por su trabajo, pero ¿cómo puede estar su espíritu al recibir ese honor, cuando en esos precisos momentos en Europa, otros escritores de gran talento y creatividad estaban reducidos al silencio?

Acepta que no puede vivir sin su arte, aunque reconoce no colocarlo por encima de todo.

Todos estos conceptos se desprenden de la complejidad que presenta el arte, ya que su unión es indivisible con la realidad, y que ya hemos señalado oportunamente.

El papel del escritor, por ejemplo, no es colocarse *“al servicio de los que hacen la historia; el escritor está al servicio de los que la padecen”*.

Aquí aparece una actitud de retiro en soledad; pero también, la presencia en las circunstancias comunes. Entonces, si se está de parte de quien padece la historia, en lugar de quien la hace, implica la solidaridad con la comunidad agotada y fatigada.

Por otra parte, cada generación cree que podrá dedicarse a rehacer el mundo; Camus sabe que la suya no podrá ya hacerlo, pero que sin embargo, tiene la misión de *“impedir que el mundo se deshaga”*, ya que heredó una historia corrompida, poblada de ideologías extenuadas y de poderes mediocres. Surge entonces la fe en la vida y en los valores de humanidad, hay una fidelidad que es en el fondo una protesta, la que tiene el rostro humano.

Además, en el arte hay que evitar su aislamiento; lograr que el arte no esté separado de nada y que, al mismo tiempo, permita vivir dentro del conjunto de toda la sociedad. Cada parte de él pertenecerá a una verdadera historia universal del arte.

Camus manifiesta que jamás pudo renunciar a la luminosidad y a la alegría de estar en el mundo, a la vida libre en que creció y esto, si explica errores y debilidades suyas, lo convierte más comprensivo, tanto hacia

...”todos esos hombres silenciosos, que no soportan en el mundo la vida que se les ofrece, sino por el recuerdo o el retorno de breves y libres momentos de dicha”.

El discurso de Estocolmo concluye con un testimonio de fidelidad (el que todo escritor se hace a sí mismo en silencio) y Camus declara que acepta el premio considerándolo

“como un homenaje tributado a todos aquellos que, participando del mismo combate, no recibieron ningún privilegio sino que, por el contrario, conocieron la desdicha y la persecución”.

Y para concluir, recordemos las palabras del autor que hoy nos ha convocado, y que tienen eterna validez:

“¡La libertad no se construye sobre los campos de concentración, ni sobre los esclavizados pueblos de las colonias, ni sobre la miseria obrera! ¡No! ¡Las palomas de la paz no se posan sobre los patíbulos!....porque estamos seguros que la libertad no es un regalo que se

recibe de un Estado o de un jefe, sino un bien que se conquista a diario, gracias al esfuerzo de cada uno de nosotros y la unión de todos”.

Muchas gracias

Prof. José Luis Marinetti